

Manierismo y entradas triunfales

Javier Caballero Chica (Licenciado en Historia del Arte)

Definía Jon Juaristi a la poesía como “la fabricación de unos sentimientos”, Melchor Gutiérrez San Martín ha realizado un nuevo Cristo del Gran Poder sustituyendo al anterior realizado por José Antolín, esta nueva talla palma la escultura de una forma poética, es un reencuentro con el arte de las formas gestuales dejando atrás la expresión desapacible de ejecuciones temerarias carentes de valor, que la cofradía había incorporado por pura necesidad estratégica. La obra de Gutiérrez respira un verdadero ensayo de gusto manierista con un espíritu tolerante, ácido (como su propia personalidad), muy relajante como connotación plástica y sobre todo absorto en la erudición que emana de cada acento del modelado pertinente. La triunfal presencia narrativa y escultórica de todo el siglo XVII permanece inalterable en esta nueva obra del Gran Poder. El artista Bandinelli se ve reflejado en la nueva talla y se acusa en el ocaso de formas perennes a través de juegos de cólera, Ammannati es el intelectual, el abstracto, donde se fusiona con San Martín en ámbitos de rigor. El teórico, el experimentado y el científico es el afamado Benvenuto Cellini, nuestro autor es un gran intelectual de base sólida artística y consumado mitólogo. De Leone Leoni adquiere la pulcritud y la soberbia dinamizadora que hace del Cristo un ser majestuoso y sobrenatural. El planopictórico también es susceptible de interpretaciones análogas y derivaciones conceptuales. La “Maniera” de Miguel Ángel se acusa en Vasari, la madurez de Tiziano y la noción con brazos y piernas de Tintoretto, a todo ello habría que añadir el amplio sentido teológico que irradia la talla como principales virtudes de este Jesús triunfante.

Melchor Gutiérrez propone una exaltación secularizadora donde la serenidad e incluso monotonía argumental más los parámetros clasicistas quedan olvidados para dar paso a un concepto de vivacidad y de excelencias dislocadas con acento manierista.

El artista sigue aferrado a sus parámetros tradicionales de alargamientos de miembros, figuras delgadas, interés por el espacio, la ocupación integral de una atmósfera donde el triunfalismo hace acto de presencia por la adopción popular entronizada mediante el pollino y las palmas y sobre todo la amplitud del personaje de Cristo que emana gran fuerza que se

transforma en “inmanencia - ejecutoria” en el espacio circundante. Incluso el juego de la luz es armónico en función de sus pliegues y ropajes que festonean toda la composición como si de teas incendiadas se tratase siendo un continuador del tenebrismo de Caravaggio. La formas ondulantes el reparto de las figuras de una manera equilibrada y homogénea hacen presentar similitudes con Alonso Berruguete, sobre todo en la irreverente “serpentinata” donde la sinuosidad del cuerpo se contrapone a la planimetría del trono secuencial. Es una talla con presencia, con alma, con dignidad y con calidad suficiente para erigirse en una de las mejores incorporaciones de los últimos tiempos. No se trata de solucionar todo

con una inteligencia mediatizada, sino de un buena aplicación descriptiva donde no cabe la improvisación y soluciones mágicas de última hora. La obra de San Martín se presenta como un caudal inagotable de sensaciones donde nadie queda indiferente, primero nos embriaga con su consciencia plástica para sumergirnos en una íntima relación con la pasión y el momento vivido en Jerusalén pues su capacidad de dialogo escultórico esta al servicio de su paroxismo descriptivo. Policromía, rasgos, gestos, caminan hacia una superficie de suelo fragmentario donde el ritmo visual se sucede con total énfasis tendiendo a una excitación serena donde hasta la sensualidad tiene su participación.

